

**Lelia Area**

*Recorridos de lectura para una biblioteca*

Universidad Nacional de Rosario  
leliarea@hotmail.com

**Resumen** El presente trabajo tiene por objeto tensar algunas de las categorías que tradicionalmente los estudios literarios han hecho jugar en torno a la lectura. Nos referimos a: lectura, lector, canon, entre otras. La referida tensión busca producir el desenmascaramiento de artefactos culturales como actos socialmente simbólicos (Jameson). En tal sentido, el desenmascaramiento del artefacto Biblioteca permitirá exhibir el montaje de un espacio que además de ser físico, construye la imagen de un determinado paisaje, una determinada topografía en la medida en que pueda constituirse en metáfora de una cierta identidad colectiva. Biblioteca fundada en un mito de origen, punto cero iniciático a partir del cual se exhiben relatos que no sólo deben recordarla sino conservarla *como* memoria de nación. Será entonces a través de la formación del canon que una comunidad defina y legitime su propio territorio al crear, reforzar y cambiar una tradición. Considerado *territorio*, el canon resulta homólogo de la metáfora de la biblioteca; considerado *mapa*, se conforma como guía para un determinado viaje en el seno de tal territorio.

**Palabras clave:** literatura - lectura - canon - biblioteca - memoria nacional

**Abstract** In the frame of the Literary Studies, this paper will tense the theoretical category of Reading in its traditional perspective. This movement searches to place the analysis in concepts such as reading, reader, canon while to unmask cultural artefacts as social symbolic acts (James). In this sense, the unmasking of the artefact Library will expose the mounting of an space which not only is physical but also constructs the representation of an special landscape, a particular topography that appears as a metaphor of a collective identity. Library founded through an origine's myth, iniciatic blind point along with narrations are exposed to be remembered and conserved *as* Nation's memory. So: it is by the canon's constitution that a community defines and legitimates its own territory when creates, reinforces and changes a tradition. Considered as *territory*, the canon is homologous to the Library's metaphor; as *map*, is able to be thought as a travel guide that translates such land.

**Key words:** literature - reading - canon - library - national memory

## Preliminar

*[...] la Biblioteca perdurará [a la especie humana]: iluminada, solitaria, infinita, perfectamente inmóvil, armada de volúmenes preciosos, inútil, incorruptible, secreta.*

*Acabo de escribir infinita. [...] Yo me atrevo a insinuar esta solución del antiguo problema: La biblioteca es ilimitada y periódica. Si un eterno viajero la atravesara en cualquier dirección, comprobaría al cabo de los siglos que los mismos volúmenes se repiten en el mismo desorden (que, repetido, sería un orden: el Orden).*

J. L. Borges, "La Biblioteca de Babel".

Todo enfoque teórico de la problemática de la lectura se enfrenta con la extrema diversidad en la que esta se presenta. Esa diversidad se debe, en particular, al hecho de que la literatura y la lectura, desde la más remota antigüedad, han estado estrechamente ligadas a los poderes políticos y religiosos que han ejercido sobre ellas un control y una censura constantes. La historia de las relaciones de los lectores con el libro y con la lectura, ha estado marcada, pues, en toda su extensión, por cuestiones ideológicas.

A pesar de todo, no se podría reducir la historia de la lectura a la de las castas y grupos sociales poseedores del poder de leer. Si los escribas y los clérigos fueron los auxiliares indispensables de las potencias políticas, gracias a su dominio del principal medio de comunicación, el monopolio de hecho del que gozaron no basta, en su dimensión institucional, para elaborar una historia concreta.

En efecto, el poder de leer no debe ser entendido solamente como ejercicio de una autoridad soberana y arbitraria. Muy a menudo, lejos de monopolizar ese poder, los políticos han tendido más bien a difundir la competencia lo más ampliamente posible en el cuerpo social a fin de constituir una verdadera *hegemonía*, haciendo que el conjunto de las clases acepte los modelos intelectuales que guían su propia práctica. Así, más que simplemente acaparar el saber leer reduciendo la difusión del aprendizaje de la lectura, algunos poderes han prefe-

rido, hábilmente, instalar una táctica activa de generalización (llamada a veces democratización) de los modelos de su competencia.

Históricamente, se comprueba así una evolución, que hace que se desplace el enfrentamiento social y político que tiene por objeto la disposición de los textos. Tras un largo período en que lo que está en juego consiste en apropiarse del *saber leer* y del derecho de acceso a la lectura de los textos, el terreno sobre el que se enfrentan los actores sociales pasa a ser el de la competencia lectora misma. Cesado el simple acaparamiento del saber leer, comienza un proceso de socialización de la lectura en el curso del cual lo que está en juego pasa a ser la imposición de los *modelos legítimos*<sup>1</sup> de lectura. La dogmática teológica como lectura legítima del Libro sagrado, el derecho y la jurisprudencia como lectura legítima de la Ley, la explicación de textos como lectura legítima de la literatura en el marco del proyecto pedagógico, todos esos aparatos interesados en el alto grado en la lectura han *armado*, en el curso de los siglos, *competencias* impartidas a través de los diferentes órganos pedagógicos que los transmiten.<sup>2</sup>

Esas *competencias*, encarnadas por instituciones, orientan la relación del lector con el texto, determinan el plano de pertinencia de la lectura, es decir, la modalidad según la cual el texto debe ser llamado a significar. El proceso de la competencia se efectúa por imposición y difusión de normas. Mediante la misma lógica que declaraba herética la lectura de la Biblia como ficción o como mito, más cerca de nuestros días ciertas corrientes de la institución académica han vuelto "herética", es decir, anacrónica, la lectura del texto literario como mensaje o como símbolo (Leenhardt y Józsa, 1982).

Así, las dificultades constantes que encuentra la teoría literaria cuando hace frente al problema de la lectura provienen, con certeza, del hecho de que, para abordar verdaderamente ese objeto, se ve obligada a apartarse de su regla metodológica fundamental: la primacía del *texto*. Ahora bien, si no se quiere renunciar *a priori* a la dimensión comunicacional de la literatura, no se podrá evitar recurrir a los métodos y los problemas teóricos desarrollados por la sociología del conoci-

1. No hay que olvidar que el proceso de lectura siempre entraña el aprendizaje de un nuevo sistema de signos al tiempo que es la literatura la que construye modelos.

2. Como afirmara alguna vez Roger Chartier, las obras no tienen un sentido estable, universal, fijo. Están investidas de significaciones plurales y móviles, construidas en la negociación entre una proposición y una recepción, en el reencuentro entre las dos formas y los motivos que les dan su estructura, y las competencias y expectativas de los públicos que se apoderan de ellas. Ciertamente, los creadores, las autoridades o los "clerics" (sean estos o no miembros de la Iglesia), aspiran siempre a fijar el sentido y a enunciar la correcta interpretación que debe presidir la lectura (o la mirada). Pero también siempre, la recepción inventa, desplaza, distorsiona. Producidas en una esfera específica, en un campo que tiene sus reglas, sus convenciones, sus jerarquías, las obras escapan y toman densidad peregrinando, a veces en la larga duración, a través del mundo social. Descifradas a partir de esquemas mentales y afectivos que constituyen la cultura propia (en el sentido antropológico) de las comunidades que las reciben, tales obras se constituyen también, en retorno, en un recurso para pensar lo esencial: la construcción del lazo social, la consciencia de sí, la relación con lo sagrado (cfr. Chartier, 1998).

miento y de la comunicación (Leenhardt, 1990: 55). Digamos más: la diversidad de las lecturas posibles de un texto no es un hecho, es solamente una evidencia y toda la dificultad de la teoría de la literatura estriba en transformar esa evidencia en un posible objeto del saber. Convendría, entonces, que la historia literaria, siempre que se conciba a sí misma también como una historia de la lectura, se ocupara diligentemente de esta dimensión sociohistórica y cultural.

Nuestra propuesta, entonces, parte del presupuesto siguiente: leer desde y en el presente no es simplemente decirlo sino que es igualmente producirlo dado que todo texto cultural participa de la experiencia de lo visto-percibido-comunicable sobre los dos planos simultáneos y enclavados de un presente que se hace pasado y de un pasado que es rehecho. En este marco, los procesos de representación simbólica que integran la cultura son complejos y contradictorios y el diseño que visualizamos hoy es, en realidad el producto de una larga trama conflictivamente instituida. Sabemos que la lectura del *pasado* en la cultura como operación a la vez arqueológica y taxonómica, es una violencia sobre la empiria histórica, un ejercicio del poder interpretativo, un proceso de selección donde la subjetividad se apoya en el *develamiento* de las *coartadas de lectura* ya codificadas que teatralizan los sucesos con arreglos a modelos que definen y legitiman la hegemonía institucional.

La lectura trae, así, al campo de la referencia el problema de la fusión de dos escenarios: el del texto y el del lector. Por cierto que es necesario tener una competencia entendida como saber instrumental<sup>3</sup> aunque también debe poseerse una competencia relativa a una cultura que opere tanto sobre el lector como sobre la operación lectora resultante. A través de las formas que adopta, promueve una distribución de evaluaciones, de representaciones ya que confirma imágenes

---

3. Es interesante ubicarse en la perspectiva de los *actos de lectura*, perspectiva que retoma algunas de las reflexiones de Noé Jitrik acerca de la lectura entendida como ese "objeto de conocimiento" que procura dicho conocimiento en tres sentidos: información, interpretación y, en general, saber. En este sentido, leer es hacerse cargo de una espacialidad; luego, diría que es apropiarse no de la espacialidad que se pone ante la vista, sino del proceso que le ha permitido configurarse y, por lo tanto, del sentido que se ha depositado en dicho proceso al que podemos llamar, esquemáticamente 'escritura'; en tercer lugar, diría que leer es transformar esa espacialidad en temporalidad aunque el hecho de que sea imprescindible que la mirada recorra un trazado supone la persistencia, que resulta metafórica, del espacio; podría añadir, igualmente, que leer es producir una movilización de energías relativas a lo que la actividad de la escritura puede suscitar y que posiblemente no puedan ser despertadas por otro tipo de estímulos; por último diría que leer es transformar lo que se lee, que deviene, de este modo, un objeto refractado, interpretado, modificado; de todo ello, se desprende, por lo tanto que la lectura es sólo una instancia de la comunicación, que se evade, por su autonomía como práctica, del circuito comunicativo que es, en el fondo, en su teoría básica, un esquema de transacción: emisor, receptor, mensaje, pues no: el lector, si realmente hace algo al leer, es solamente receptor de un estímulo con el cual inicia una acción mucho más compleja que, al desarrollarse —y por ese solo hecho— desvirtúa ese difundido prejuicio acerca de que lo que se es mecánicamente un mensaje que, a su turno, no es de ninguna manera un objeto invariable como en principio lo daría a entender el esquema "emisor-mensaje-receptor". Podríamos afirmar, entonces, que es a partir de la *escena arriba montada* que vemos desplegarse un proceso descriptivo que contempla a: un sujeto que posee cierto saber; un objeto sobre el que se realiza y que lo suscita, y el conocimiento que procura (cfr. Jitrik, 1982: 11).

culturales preexistentes o instaure nuevas, haciendo de los materiales significados por la actividad lectora una reserva memorable, es decir, un texto cultural.

Lo tratado hasta el momento también apunta a alertarnos acerca de que la lectura ha –casi– agotado el imaginario crítico de los formalismos, estructuralismos y posestructuralismos (ya fueren tanto semiológicos cuanto semióticos) de este siglo XX que acaba de finalizar. En sus postrimerías podemos testificar que el mapa imaginario (Area, Pérez y Rogieri, 1996) a través del cual las ficciones teóricas construyen *lo actual* ha desdibujado sus márgenes y los decimonónicos gestos fundacionales, narrativos la mayoría de ellos, que apelaban a la organización de sociedades a través de la figura de la nación han ido cediendo su lugar a imágenes de anclajes provisorios e intercambiables según los imperativos de referentes cuya construcción resulta de naturaleza fragmentaria.

Digamos que el otro –lo Otro– se ha instalado en el espacio de reflexión de la cultura y exige al mismo tiempo ser visto y escuchado con otras lógicas. Desarticulado el mito de la “comunicación”, el siglo XXI se abre paso en la desinformación (una de las modalidades con que la mentira se presenta) *in medias res*. Nos enfrentamos, así, a nuevos *modos de ver* que implican nuevos *modos de leer*<sup>4</sup> “lo real” porque el juego de las referencias construye ya no *mundos posibles* sino *videos posibles* a través de los cuales se presenta o representa “en directo” una esfera pública sin fronteras nacionales y sin unidad cultural.

Nelly Richard (1997: 345-346) ha señalado, en este sentido, que los estudios literarios se han visto violentamente sacudidos por el descentramiento de la ideología moderna de la literatura que fundó (en el caso de América Latina), la conciencia crítica de lo continental y de lo nacional, ahora amenazada por el efecto dispersivo de las redes globales *massmediáticas* que fragmentaron los trazados de integración de la nación y de la ciudadanía. La crisis del paradigma de lo literario ha motivado el interrogante –formulada por John Beverley– de saber “qué pasaría cuando la literatura sea simplemente un discurso entre muchos”, esto es, cuando se disuelva la frontera entre lenguaje cotidiano (instrumentalidad del mensaje) y lenguaje poético (autorreflexividad y plurivocidad del signo). Es decir –interpreta Richard–, cuando todo lo hablado y lo escrito se uniformen bajo el mismo registro banalizado de una mortal *desintensificación del sentido*, porque la palabra habrá dejado de ser teatro o acontecimiento para volverse simple moneda de intercambio práctico ya carente de todo brillo, fulgor o dramaticidad.

Resulta interesante, en este contexto, evocar la interpretación política de los textos literarios desde la perspectiva de Fredrik Jameson (1989), quien pro-

---

4. Por *modo de leer* entiendo aquella operación de percepción (histórica) que imprime en la trama discursiva de una época un modo de verla al mismo tiempo que asume el gesto de escribirla. Desde un horizonte imaginario, delimita fronteras (también imaginarias) de lo que se puede decir, mientras figura los silencios de lo que se propone leer a partir de una insistencia temática y problemática atravesada por lo político.

pone dar prioridad a la interpretación política de los textos *de cultura* —que lo son también como decía Benjamin, *de barbarie*—; una lógica interpretativa que concibe la perspectiva política no como un método suplementario, no como un auxiliar optativo de otros medios interpretativos corrientes hoy —el psicoanalítico o el mítico-crítico, el estilístico, el ético, el estructural—, sino más bien como el horizonte absoluto de toda lectura y toda interpretación.

Es por ello que pretende ubicarse en el respeto de la especificidad y la radical diferencia del pasado social y cultural a la vez que revelar la solidaridad de sus polémicas pasiones, sus formas, estructuras, experiencias y luchas, con la época presente. En el rastreo de las huellas de un relato ininterrumpido —concluye Jameson—, en la restauración en la superficie del texto de la realidad reprimida y enterrada de esa historia fundamental, es donde la doctrina de un inconsciente político encuentra su función y su necesidad. La afirmación de Jameson en lo referente a la existencia de un inconsciente político propone explorar los múltiples caminos que llevan al desenmascaramiento de los artefactos culturales como actos socialmente simbólicos. Y así considerar que toda literatura debería leerse como una meditación simbólica sobre el destino de la *comunidad*.

## La biblioteca, recorrido de lecturas

*La biblioteca, por su propio estatuto, y sea cual fuere su dimensión es infinita, en la medida en que (por bien concebida que esté) siempre se sitúa más acá o más allá de nuestra demanda: el libro deseado tiene tendencia a no estar nunca en ella, y, sin embargo, se nos propone otro en su lugar.*

Roland Barthes

Desde esta perspectiva, esa *comunidad imaginada*<sup>5</sup> pensada como nación pierde sus orígenes en los mitos del tiempo y sólo descubre completamente sus horizontes a través del ojo que *la lee* (Bhabha, 1987). Tal imagen de la nación podría ser menos romántica y metafórica, pero es precisamente desde esas tradiciones de pensamiento político y lenguaje literario que ella emerge como una poderosa representación histórica en Occidente.

Digamos más: la representación de la nación siempre ha enmascarado el lenguaje de quienes *la* escriben, las vidas de quienes *la* viven y los relatos de quienes *la* leen. Porque, si la lectura no es sólo una operación abstracta de intelección en la medida

---

5. Recordemos la idea altamente sugerente de Benedict Anderson (1983) cuando plantea que fueron tanto el periódico cuanto la novela las que brindaron los términos técnicos de "re-presentación" del *modo de comunidad imaginada* que es la nación. Imaginada por todos aquellos que, aunque nunca se conocerán, mantienen una representación comunitaria de su participación territorial.

en que ella funda una puesta en obra del cuerpo mientras inscribe en un espacio la relación consigo misma o con el otro, es posible observar cómo *modos de leer* con nombre de autor sostienen la memoria de una nación desde la escritura literaria.

Es precisamente en este sentido que la historia de la escritura en Argentina es una historia de inscripciones, las que se han visto traducidas en consignas —no siempre demasiado claras para el presente— que exponen la particularidad de aparecer como marcas de lectura proyectivas y progresivas. En la necesidad de diseñar un espacio que ha sido problemático, violento, desordenado, esta escritura emerge con las modalidades de anatemias, con tonos estentóreos, con señalamientos que se han pretendido inobjetables. Destino de una escritura que se sigue inscribiendo también como lectura desde un presente donde todos sus componentes ponen en escena su actualidad; proyectada desde un horizonte de negatividad, ella afirma lo que no es, aquello sobre lo que no va a tratar, aquél a quien no se va a nombrar. Escritura leída desde una biblioteca imaginaria fundada en un mito de origen, punto cero iniciático a partir del cual se habrían narrado los relatos que no sólo deben recordarla sino conservarla *como* memoria de nación.

Avancemos un poco más y digamos que la Biblioteca es un espacio que se visita pero que no se habita. Si bien este espacio es físico, el mismo implica, también, la imagen de un determinado paisaje, una determinada topografía en la media en que pueda constituirse en metáfora de una cierta identidad colectiva. A partir de ella, es posible observar la coexistencia de distintos escenarios y protagonistas, que identificamos alternativamente con esa configuración llamada memoria *nacional*.

Así, la ambivalente y antagónica perspectiva de la nación como biblioteca (Area, 2006) diseña sus fronteras culturales a fin de que puedan ser reconocidas como umbrales de sentido pasibles de ser cruzados, borrados y traducidos —es decir, *re-leídos*— en el proceso de producción cultural.

Todos lo sabemos: los sistemas simbólicos son instrumento de conocimiento y construcción de lo real y sus representaciones constituyen un “punto de vista”; es por ello que lo que *se pone en juego* en la relación literatura/política resulta del conocimiento de lo social y de las categorías que lo posibilitan. Instancia teórica y práctica a la vez, su pretensión reside en conservar y transformar la percepción de los *modos* a través de los cuales las comunidades, se presentan y representan. Son textos que coinciden en el gesto fundamental de asumirse y presentarse como ficciones que postulan y “actúan” una memoria social. Así: sería posible cambiar el mundo social, cambiando sus representaciones.

Desde esta perspectiva, las instituciones *aparecen* como invenciones sociales cuya función es representar, hacer actuar y hablar a los cuerpos, entendiendo por *cuerpo* esa *otra* construcción histórica capaz de dotar de una integración duradera a los grupos, afirmándolos como grupos, con identidad social, recreándolos por la acción de los permanentes portavoces, y las instituciones encargadas de reproducir la creencia en su existencia. Esta creencia, que está en la base de lo institui-



do, se logra por un trabajo instituyente (donde se destacan los rituales sociales) que tiende a la *naturalización* del grupo para justificar plenamente su existencia, enmascarando lo que tiene de creación, es decir, de invención social e histórica.

Y los géneros como matrices culturales de la percepción lectora resultan fundantes en la exhibición de los imaginarios simbólicos a través de los cuales –y finalmente– se inscriben (y leen) las naciones. En este sentido, la *exposición* –también desde su doble sentido– del discurso literario como un lugar de paso, paso de lenguajes, de saberes, de ideología, *paso de la historia* implica el *entrecruzamiento* de discursos organizados según leyes singulares que configuran un orden autónomo de la realidad inmediata, pero ligado –mediante la lectura– a otros discursos, conformando *ese* entretrejado, que conocemos bajo el nombre de “interdiscursividad”.

Pensado no como una cuestión de temas sino como un arte de lo implícito, el *saber literario* atraviesa la figura del autor y lo convierte en un lector social del rumor de discursos fechados, mientras hace también de él un escritor de los silencios pautados por la época. Porque: la literatura no es una cuestión de temas; los relatos, los buenos relatos están contruidos a partir de lo no dicho, de cierto silencio que debe estar en el texto y sostener la tensión de lo narrado. Esta tensión no es una cuestión de enigmas sino la del acento puesto en un *saber: la literatura es un arte de lo implícito*.

Será entonces a través de la formación del canon que una comunidad defina y legitime su propio territorio al crear, reforzar y cambiar una tradición. Considerado territorio, resultaría homólogo de la metáfora de la biblioteca; considerado *mapa*, se conforma como guía para un determinado viaje en el seno de tal territorio.

Para la constitución del mapa, los mecanismos son muy complejos y pertenecen a diferentes sistemas: la competencia escrita, por ejemplo (y su distancia respecto de la tradición oral), la competencia en el género. De este modo el mapa del canon vendría a configurarse como un sistema de regulación de un saber y de los códigos en que fragua la *competencia* que sostiene ese saber. Así, la idea de canon ciertamente implica una colección de obras que sean consideradas desde la perspectiva de la “completud” (al menos durante un tiempo). El canon vigente establece límites fijos al dar las pautas histórico-políticas (y epocales) de aquello que hay que considerar como literatura.

Cuando un historiador literario a fines del siglo XIX escribe una historia de la literatura americana o latinoamericana, él o ella están creando un canon para todos aquellos que necesitan saber acerca de sus propias raíces y de la evolución de la sociedad en la que están viviendo. Porque el canon literario supone siempre una determinada modelización del pasado, que se adecua al presente en un momento dado y adquiere un nuevo valor en su contexto histórico.

En consecuencia, la operación canónica constituye las series y las condiciones requeridas para entrar en ese orden. Asimismo, establece la interpretación de las obras que sufren el proceso de selección; una vez formado y establecido, toda

interpretación opera en el sentido de perpetuación del horizonte de modernidad, que va desplazándose y acomodándose a las necesidades de cada época: el canon es una contigüidad con el presente y con el futuro; si fuera esto último, más que asegurar dificultaría la propia canonicidad.

Un canon literario, una lista de autores ejemplares, un *corpus* modelo de imitación, es por definición un discurso repetido y es esa repetición la que posibilita y configura, en sus distintas vertientes, su entidad como tal. Dos son las vías principales por las que se renueva y se prolonga el canon: la asimilación de lecturas que referencializa la producción literaria de una época y la institucionalización en centros de enseñanza, academias, etc. La primera actualiza con formas contemporáneas las construcciones del pasado, prolongando doblemente su presencia. En cuanto a la segunda, las instituciones confieren valor y privilegio a los textos y autorizan formas de interpretar. Se ha dicho que el canon supone siempre una determinada modelización del pasado, que se adecua al presente en un momento dado y adquiere un nuevo valor en su contexto histórico.

A través de la formación del canon una comunidad define y legitima su propio territorio al crear, reforzar y cambiar una tradición. La operación canónica constituye las series y las condiciones requeridas para entrar en ese orden. Asimismo, establece la interpretación de las obras que sufren el proceso de selección; una vez formado y establecido, toda interpretación opera en el sentido de perpetuación del horizonte de modernidad, que va desplazándose y acomodándose a las necesidades de cada época: el canon es una contigüidad con el presente y con el futuro; si fuera esto último, más que asegurar dificultaría la propia canonicidad. Un canon es por definición un discurso repetido y es esa repetición la que posibilita y configura, en sus distintas vertientes, su entidad como tal.

Canon sería, por lo tanto, una variante de dogma; es decir, de algo que está en la antípoda de la libertad encarnada por la literatura. Pero esa definición tiene que ver con los docentes, no con los lectores en la medida en que para todo lector, el canon es un ancla, una certeza: aquello de lo que no se puede prescindir porque en los textos del canon hay conocimientos y respuestas sin los cuales uno se perdería algo importante. El canon confiere cierta seguridad a los lectores, les permite saber dónde están parados, cómo es la realidad a la que pertenecen, cuáles son los textos que no deben ignorar.

Desde esta perspectiva, sólo una lectura alternativa del devenir cultural y social de las etapas fundacionales puede colaborar en completar el mapa de un pasado que, como todo mito de origen, parece esconder el secreto de la identidad nacional y del presente

Es precisamente en este sentido que considero que todo “esfuerzo fundacional” presupone conectar lecturas a partir de la metáfora de una biblioteca imaginaria fundada –valga la reiteración– en esos mitos de origen, punto cero iniciático a partir de los cuales se inscriben los relatos que tanto deben *armarla*

cuanto conservarla *como* memoria de nación.

Así, escritura y lectura se encarnan como actos fundacionales de la nación en la medida en que se vuelven necesarios para la construcción de la sociedad civil como los principales reguladores del complejo simbólico cultural.

## Referencias bibliográficas

- Anderson, B. (1983): *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Londres, Verso.
- Area, L.; L. Pérez y P. Rogieri (comps.) (1996): "Introducción", en *Fin de un siglo: las fronteras de la cultura*, Rosario, Homo Sapiens.
- Area, L. (2006): *Una biblioteca para leer la nación. Lecturas sobre la figura Juan Manuel de Rosas*, Rosario, Beatriz Viterbo.
- Bajtín, M. (1982): *Estética de la creación verbal*, México, Siglo XXI.
- Barthes, Roland (1987): *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*, Buenos Aires, Paidós.
- Bhabha, H. K. (1987): *Nation and Narration*, Londres y Nueva York, Routledge.
- Borges, J. L. (1975): *Obras completas*, Buenos Aires, Emecé.
- Cella, S., (comp.) (1998): *Dominios de la literatura. Acerca del canon*, Buenos Aires, Losada.
- Chartier, R. (1998): "L'Histoire entre récit et connaissance" [1994], en *Au bord de la falaise. L'histoire entre certitudes et inquiétudes*, París, Albin Michel.
- Jameson, F. (1989): *Documentos de cultura, documentos de barbarie. La narrativa como acto socialmente simbólico*, Madrid, Visor.
- Jitrik, N. (1982): *La lectura como actividad*, México, Premia.
- (1987): *Cuando leer es hacer*, Santa Fe, Cuadernos de Extensión Universitaria N° 13-UNL.
- Kermode, F. (1998): "El control institucional de la interpretación", en Enric Solla (comp.), *El canon literario*, Madrid, Arco Libros, pp. 91-112.
- Leenhardt, J. y P. Józsa, en colaboración con M. Burgos (1982): *Lire la lecture. Essai de sociologie de la lecture*, París.
- Leenhardt, J. (1990): "El 'saber leer' o modalidades sociohistóricas de la lectura", *Criterios*, La Habana, n° 25-28, enero-diciembre, pp. 54-65.
- Pavis, P. (1980): *Diccionario del teatro. Dramaturgia, estética, semiología*, Barcelona, Paidós.
- Richard, N. (1997): "Intersectando Latinoamérica con el latinoamericanismo: discurso académico y crítica cultural", *Revista Iberoamericana*, Universidad de Pittsburgh, N° 180, julio-setiembre, pp. 345-362.
- Solla, Enric (1998): "El debate sobre el canon literario" en Enric Solla (comp.), *El canon literario*, Madrid, Arco Libros, pp. 11-34.